

Músicos callejeros

Iván Rodero
Dramaturgo, Fotógrafo









ESCRITURAS MUSICALES
En torno a cuatro fotografías de músicos
realizadas por Iván Rodero Millán

A las denominadas artes en el tiempo, llamadas así por carecer de ese objeto físico más o menos estable (un cuadro, una escultura, un edificio...) propio hasta tiempos muy recientes de las artes plásticas, siempre les ha preocupado encontrar un modo de escritura a través del cual conseguir la presunta perennidad que exige la cultura occidental para todo lo elevado. Compartiendo y compitiendo con la propia palabra, que nació relato o poema —si es que no fue, en realidad, canción—, la historia de la música, como la historia general, arrancaba así con el documento escrito, siendo todo lo anterior pre-historia.

Resulta curioso que mientras el teatro encontró y durante siglos se declaró satisfecho con la palabra escrita, como vehículo idóneo para recoger y transmitir sus textos (no así los gestos o entonaciones, y mucho menos la rica variedad de posibilidades de lo escénico), la danza sin embargo inició una búsqueda por entre los más diversos sistemas que, siglos después, hasta la llegada de la grabación audiovisual, nunca resultó de verdad eficaz, para guardar y permitir la reproducción del rico repertorio, que ella misma iba produciendo. La música también transitó durante miles de años entre soluciones que, partiendo de la

palabra –usando letras más o menos arcaicas o modificadas- alcanzó finalmente, entre el Medievo y el Renacimiento, una feliz grafía –el pentagrama con las figuras y signos convencionales de lo que será el solfeo- donde los parámetros básicos del arte sonoro, es decir, la entonación y el ritmo, quedaban relativamente bien consignados para su conservación y reinterpretación posterior.

Obviamente, la triunfal estabilidad de la escritura musical, como la entendemos desde hace medio milenio, ha tenido algunas positivas aportaciones novedosas, e incluso ha sufrido notables intentos de sustitución –la mayor parte de ellos condenados más al ridículo que al fracaso-, incluyendo entre estos ciertas imaginativas propuestas de las vanguardias novecentistas. Pero nunca se ha podido eliminar la hegemonía del pentagrama y las claves, a pesar de la evidente rigidez de un sistema con muchas carencias, para dejar allí bien fijados otros aspectos importantes del lenguaje musical, empezando por la gradación de la intensidad.

Se pensó, conforme avanzaba el siglo XX, que la veloz mejoría de las técnicas de la grabación del sonido podría suponer que tales registros sustituirían por completo a los viejos modos de la escritura musical (como equivocadamente se aventuró que el cine o la radio y la televisión podrían acabar con el teatro), pero resulta evidente que todo ha terminado sumando, ofreciendo cada vía unas complementarias aplicaciones e informaciones y todos ellos siendo, a la postre, modelos perfectamente acumulativos de registro.

Así que bien podríamos decir que, en la actualidad, la escritura solfística convencional no es sino una más de las escrituras musicales. La más utilizada por los intérpretes y compositores para sus respectivas tareas creativas, pero para otros menesteres –formativos y analíticos, tanto como comerciales y lúdicos- ampliamente superada por la grabación –testimonial o creadora, solo sonora o audiovisual- y por la amplísima variedad del mundo de las imágenes (aunque por su accesibilidad y fidelidad sobresale entre éstas la dúctil –tanto documento como creación- fotografía).

Imágenes que, en el mundo intelectual de Occidente, marcado por la prioridad cognitiva de la letra y el número, fueron injustamente consideradas en demasiadas ocasiones como meras ilustraciones, pero que gracias a la obligada ampliación del paradigma científico se están reconsiderando, cada vez más, como auténticas protagonistas del saber y legítimas vías para la consolidación y difusión del conocimiento.

Mirada así, la fotografía, como el dibujo, el cuadro o el mosaico, e incluso la propia herramienta o instrumento, han sido siempre también, a su manera, escrituras musicales. Con lo que la historia de la música no debía de esperar a una específica escritura (entendida normalmente como precedente de la actual y, si es posible, mejor transcrita a la misma), sino iniciarse cuando cualquier vestigio permitiera conocer algo fiable del pasado. En coherencia con esta

lectura, las cuatro fotografías de músicos callejeros del Madrid actual, que aquí nos ofrece Iván Roderó, no son simples escenas costumbristas, sino que se presentan, con pleno derecho, como verdaderos ejemplos de escritura musical: no son pentagramas, pero transmiten información musical; no hay notas, pero pueden analizarse; no se recrean instrumental o vocalmente, pero sí son perfectamente interpretables. Suenan, en suma, estáticas y silentes. ¿Alguien se ha atrevido a proponer que el silencio no forma parte de la música?

Álvaro Zaldívar Gracia